



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 15 de Abril de 1884.

NÚMERO 24.

LA FLOR DE LA ESPERANZA

ANTÍDOTO DE LA INFELICIDAD.

Así como cada siglo tiene sus virtudes, así tiene también sus pecados. Y así como tiene sus pecados, así tiene también sus castigos. El pecado de nuestro siglo, lo que pudiéramos llamar el *pecado moderno*, es la *incredulidad*. El castigo de nuestro siglo, lo que pudiéramos llamar el *castigo moderno*, es la *desesperación*.

¿Quién ha visto nunca suicidarse, como hoy se suicidan, los niños de catorce años?

¿Quién ha visto nunca que de cada cien defunciones, siete sean voluntarias; es decir que de cada cien muertos, haya siete suicidas.

Pues esto sucede hoy en Francia, según lo ha demostrado la estadística de 1883.

Pero ¿qué pasa en el mundo para que de este modo nos apresuremos á dejarlo? ¿Qué pasa para que de este modo tan vertiginoso nos precipitemos voluntariamente en el más negro de los abismos? ¿Acaso vivimos peor que antes? No por cierto. La industria ha centuplicado sus productos, el comercio ha dilatado sus horizontes. Las ciencias, las artes, las letras, todo, todo ha progresado para hacer más agradable al hombre la vida sobre la tierra.

Entonces ¿Por qué busca la muerte?

Contestarán algunos: Los placeres de la vida solo están al alcance de los ricos. Los hijos del pueblo, los pobres, apenas podemos recoger las migajas del banquete.

Enhorabuena. Supongamos que así sea. La cuestión queda en pié, porque los ricos son precisamente los que más se suicidan. Por cada pobre obrero que se mata, hay diez personas acomodadas que atentan contra sus días.

Luego no es la desigualdad de fortunas la causa de tantos suicidos. Hay que buscar pues forzosamente el origen en otra parte.

Acaso ¿será la falta de ilustración?

Mucho menos. Tal vez no lleguen al dos por ciento los suicidas que no saben leer ni escribir. Raro es el que no se deja

escrita de su puño, la consabida cartita de despedida. Además, Francia é Inglaterra pasan por ser las naciones más ilustradas de Europa, y precisamente en Francia y en Inglaterra, es donde más se mata la gente, debiendo añadirse que por cada uno que se mata en los campos, se matan diez en las ciudades, luego tampoco es la falta de ilustración la causa de tan horrible delito.

Además; ningún irracional se suicida, luego el matarse no puede ser falta de talento.

¿Dónde hallaremos pues la causa del suicidio?

Discurramos.

Si los que se suicidan no son los más ignorantes ni los más pobres ¿qué serán los que se suicidan?

Los más *infelices*.

La infelicidad no es una cosa inherente á la pobreza ni á la ignorancia. Tan infeliz puede ser el rico como el pobre, el sábio como el ignorante. La infelicidad es una enfermedad del alma cuyos efectos se sienten siempre dentro del corazón. Es el abatimiento del ánimo en presencia del mal.

Ahora bien: ¿cómo puede curarse ó aliviarse esa horrible enfermedad?

La razón lo dicta. O suprimiendo el mal ó evitando el abatimiento. Pero suprimir el mal es imposible; luego no queda otro remedio que suprimir sus efectos sobre el corazón impidiendo el abatimiento que es el peor de ellos.

Más ¿dónde hallar tan sublime remedio contra ese veneno de todas las alegrías? ¿Dónde hallar esa preciosa medicina del alma que hace al hombre valiente en los combates, animoso en los tormentos y fuerte en las adversidades?

No hay que buscarlo fuera de la religión, porque esa medicina se llama la *Esperanza*.

¿Quereis una prueba? Abrid dos corazones, el de un mártir que muere con la sonrisa en los labios y el de un suicida que se mata porque sus labios se negaron ya á sonreír. ¿Qué leéis en el primero? *Esperanza*. ¿Qué leéis en el segundo? *Desesperación*.

He aquí una enseñanza preciosa para la vida de los desgraciados; ia de que la dicha ó la infelicidad no está en las desgracias que ocurran al hombre si no en el modo como su corazón las recibe.

Cada día vemos hombres que se desesperan ante un pequeño

contratiempo y hombres que se sonrien ante un gran infortunio. ¿En qué consiste la diferencia? En que á los primeros falta lo que sobra á los segundos; la *Esperanza*.

La Esperanza es pues, como el punto de apoyo de nuestras almas porque las almas como los cuerpos necesitan siempre una fuerza que las sostenga sin caerse. Más sabido es que los bienes de la tierra se caen con facilidad. De aquí que el secreto de la dicha humana; el secreto de la sólida paz y de la verdadera vida del corazón no consistan ni en el oro que se disipa ni en los placeres que se agotan si no en la virtud engendradora de la *Esperanza*, hermosa flor que está al alcance del pobre como del rico, del sano como del enfermo, del sabio como del ignorante.

Tal vez sonrias, pobre lector, y allá en el fondo de tu alma ansiosa quizás de placeres que te negó tu pobreza, dudes incrédulo de estas verdades. Pues bien, oye esta sencilla historia, de cuya exactitud cualquiera puede responderte.

Habia en cierto lugar tres hermanos, de los cuales el primero recibió del padre un riquísimo mayorazgo mientras los otros dos quedaron pobres. Poco tiempo disfrutaba el primogénito su fortuna cuando un pleito injusto vino á privarle de ella por completo dejándole sumido en la mayor indigencia. El golpe fué rudo, y más para él que habia cifrado su dicha en la riqueza que le arrebatában. Así es, que abrumado por la desgracia tomó un revolver lo aplicó á sus sienes y se pegó un tiro.

No habian transcurrido dos meses cuando el usurpador del vínculo, arrepentido de su iniquidad, presentándose al hermano segundo del suicida á quien por derecho le correspondia, se lo entregó todo entero. A la vista de tan inesperada riqueza, la alegría brilló en los ojos del segundo. ¡Oh fortuna! exclamó: bien venida seas, quiero gozarte ya que no pudo hacerlo mi pobre hermano. Y en efecto, tanta prisa y tan buena maña se dió á gozarla que pronto agotó con ella la copa de todos los placeres.

Entonces sucedió lo que era de esperar; el hastío llamó á su puerta, el tedio empezó á devorarlo y no encontrando el nuevo rico remedio á esta nueva dolencia que le habia sido desconocida mientras vivió de su trabajo, hizo testamento dejando todos sus bienes á su tercer hermano, cogió otro revolver y se suicidó también.

Cuando á los pocos dias los albaceas del último suicida quisieron entregar el caudal al heredero, este; que habia presenciado las anteriores tragedias, tomando en sus manos los títulos de la herencia dijo así: «¡Bienes malditos! por haberos perdido se suicidó mi primer hermano y por haberos encontrado se mató mi hermano segundo. Aquel murió de sentimiento de no poder gozaros y éste del hastío de haberos gozado demasiado. Claro se vé ¡oh bienes! que si cuando sois proporcionados á las primeras necesidades del hombre servís de algo, cuando os acumulais en gran cantidad solo servís de estorbo para llegar á la felicidad. Os juro que á mi no me habeis de estorbar.»

Y en efecto, al dia siguiente este gran sabio repartió su herencia entre los necesitados quedándose con el pan nuestro de cada dia.

Ahora, mi buen lector, según tus anteriores cálculos este hombre arrepentido de su tontería debió matarse más pronto que sus hermanos. Pues no fué así, antes al contrario, refieren los crónicas que no solo no se mató voluntariamente como ellos, si no que convertido en misionero y habiendo sufrido el martirio aun tuvo al tiempo de morir una sonrisa para sus verdugos.

Es decir, que de tres hermanos el primero se mata porque no logra ser rico; el segundo, por haberlo logrado y solo el tercero que desprecia las riquezas y sabe darlas legítimo destino no solo tiene en el alma alegría bastante para no matarse, si no que aun le sobra para sonreír cuando lo matan. ¿Puede darse una prueba más clara de que la felicidad no consiste en el dinero si no en las virtudes del corazón?

Pues bien, de las virtudes del corazón la *Esperanza* es la destinada á servirle de apoyo en los vaivenes de la vida; y esa hermosa flor en ninguna parte brota tan lozana como en el pecho

de los pobres que supieron conservar intactas las semillas de la fé.

Pasmosa sabiduría la de la providencia que puso el *antídoto de la infelicidad* precisamente al alcance de los desgraciados. Es decir que puso el contra veneno precisamente á la mano de los que más lo necesitan. ¡Quien no adora tanta bondad, tanta justicia, tanta sabiduría!

El huracán de la desesperación está pasando hoy furioso sobre este siglo del orgullo y de la incredulidad y le vemos cada dia tronchar las más corpulentas encinas y los árboles más gigantescos.

En cambio los humildes de corazón, los desgraciados, los pequeños, los que como menudas florecillas prefieren vivir entre las grietas de las rocas, más bien que elevar su tallo, esos, defendidos por la misma roca que es la fé de sus mayores, esperan tranquilos que pase la tormenta.

Y en efecto, la tormenta pasa y luce el sol del nuevo dia y ese sol que alumbró el despojo de los fuertes y de los soberbios, les dá á ellos el ósculo de paz que es la prenda más segura de la dicha humana.

¡Puede haber un consuelo mayor para los pobres!

¡Ah! No olviden esto los hijos del infortunio. Dia llegará en que tal vez suene en sus oídos la voz de la tentación que les grite, *levantaos, erguíos, abandonad esa pelada roca de vuestra fé y sereis libres y felices como los despreocupados y los ricos.*

Cuando eso suceda bueno es que puedan contestar.

«No; no la abandonamos porque hemos aprendido que el contra veneno de la infelicidad no está en la copa de tus placeres si no en la hermosa *Flor de la Esperanza* que jamás pudo hallarse fuera del campo de la religión.

000.

CUENTO MORAL.

UN HOMBRE COMO HAY POCOS EN EL MUNDO.

Según mis cálculos, un buen ejemplo enseña más que cien sermones; hé ahí, lectores, porque deseo daros á conocer el de un viejecillo tan simpático que apostaría desde luego á que os ha de agradar tanto como á mí. Su retrato no es obra mia, es la de un maestro muy consumado en el arte de pintar á los hombres con la pluma. Perdóneme la patria de Mr. Emile Souvestre si me atrevo á disfrazar á uno de sus héroes, vistiéndole á la española, y váyase por lo mucho que á los españoles nos gusta vestirnos á la francesa.

Designaré á mi héroe adoptivo con el nombre de Juan Fernandez, advirtiéndole que era más conocido en la sala del hospital por el del número 12, á causa de haber ocupado varias veces el lecho señalado con el susodicho número; lecho que casi casi miraba como propio.

El número 12 era más conocido en el hospital que las malvas en el huerto, y todos convenian en que aquel hombre de bien era una malva.

En sus mejores tiempos habia vivido en una casa de humilde apariencia, y aunque no era portero, hacia las veces de tal, sirviendo á todos los vecinos, que no eran pocos, y escribiéndoles cuantos memoriales ó esquelás necesitaban poner en limpio, de modo que á la plaza de portero añadía los honores de secretario particular.

Un ataque de perlesía dejó á nuestro memorialista impedido de medio cuerpo abajo, más no por eso abandonó sus tareas; la parálisis corrió hasta el brazo derecho. El se las compuso de manera que aprendió á escribir con la mano izquierda, y lleno de conformidad decía: «Del mal, el menos.» Pero el menos fué tan á más que se hizo necesaria la traslación al hospital; tuvo la suerte de que le colocaran en el lecho número 12 y esto bastó para consolarle.

Aquel buen hombre no se parecia ni en poco ni en mucho á los que de todo se quejan y por todo murmuran. El lecho parecia sumamente blando, la ropa blanca, superfiná, el vino bálsamo, el pan como rosquillas, y el caldo, según él decía, era capaz de resucitar un muerto.

No sabia cómo agradecer los cuidados al médico, á los practicantes y á los hermanos Obregones. Se hacia aguas en alabau-

zas de lo bien montado que se hallaba el establecimiento, y no cesaba de bendecir á las almas caritativas que con sus limosnas ó con sus desvelos contribuyen á remediar los males de los pobrecitos enfermos...

No paraba en esto su gratitud; para él la sociedad era un compuesto de personas inmejorables. En los ricos no veía más que á los bienhechores de los pobres, y en éstos á la gente más honrada y agradecida del mundo. No sabía como pagar á sus antiguos vecinos los muchos favores que les debía... favores que, á decir verdad, no le habían sacado de ningún apuro. Ellos sí... Como el Sr. Juan era un bendito acudían á él antes que á cualquier otro para pedirle prestados un par de reales que nunca se acordaba de reclamar por más que recordaba y agradecía tales pruebas de confianza.

Repetía muy á menudo, y en esto no decía más que la verdad, que Dios le favorecía de un modo extraordinario... En efecto, ¿qué fortuna, qué dicha puede haber mayor que la de ser un santo?... Uno de los practicantes que no se le parecía en la bondad solía decir muy á menudo: «Al número 12 le ha dado la monomanía por creerse uno de los hombres más felices de la tierra...» ¡Razón tenía para creerlo! Era feliz, como lo seríamos todos si tuviéramos su mansedumbre, su benevolencia y humildad... ¡Si como él amáramos á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos!

Habíais de ver con qué solicitud procuraba el alivio de sus compañeros de infortunio... con qué interés se informaba del progreso de su curación, como los animaba exhortándolos á sufrir los males con paciencia. Y ¿cómo no habían de tener fuerza las exhortaciones que salían de unos labios tan risueños en medio de los agudos padecimientos que sufría?...

—Desahóguese usted, quéjese cuanto quiera que á mí no me incomoda, solía decir al enfermo que ocupaba el catre inmediato, y él ahogaba sus ayes y ni á suspirar se atrevía por temor de molestar á sus vecinos.

Como apenas dormía, deseaba vivamente que amaneciera. Enfrente á su lecho había una ventana por la cual entraban los primeros rayos del sol, y al verlos eran tan fervientes sus acciones de gracias, que se hubiera podido creer que para el solo amanecía.

Aunque con trabajo, distraíase hojeando el primer tomo de una obra cuyo desenlace hubiera deseado conocer, pero nunca logró hacerse con el segundo tomo.

El lecho más cercano al suyo le ocupaba un albañil que había tenido la desgracia de caer de un andamio, y á quien visitaba un camarada, hombre que no distinguía la *o* de la *i*, pero que abrigaba en su robusto pecho un corazón honrado. Este se prendó del paraliítico y decíale á su camarada:

—Hombres como ese deberían colocarlos sobre un pilar muy alto para que todos lo vieran y le imitaran. Al verle siento como vergüenza de ser feliz, y dan ganas de sufrir para merecer. ¿Qué haría yo para probarle mi afecto?

—Busca el segundo tomo de *Robinson Crusoe* y regálasele, dijo el otro. A veces le oigo decir: «Me alegraría de saber si este jóven volvió al fin á la casa de sus padres...»

—¡Calle! ¿Con que le gusta leer? preguntó el visitante con cierto desdén, como si el gustar de la lectura fuera una de las miserias humanas...

—Nadie se halla libre de flaquezas, añadió luego en tono compasivo. Dame por escrito ese nombre tan revesado, y en un puesto de libros miraré á ver si me venden el que desea.

En efecto, al día siguiente acudió nuestro albañil muy ufano, y acercándose al lecho del memorialista, presentóle un libro encuadernado en tafíete rojo, con relieves y cantos dorados. Ahí tiene usted, le dijo, el segundo tomo de *Robinson*.

—Gracias, amigo, muchas gracias, exclamó el anciano con un gesto de dulzura que se trocó en otro de sorpresa en cuanto echó un vistazo á la portada.

No pasó el gesto inadvertido para el otro albañil, que nada tenía de lerdo, y apenas se hubo marchado su camarada pidióle al buen anciano que le dejara ver el regalo de su amigo.

Púsose nuestro Sr. Juan muy encarnado, tosió, y en vano buscó en el magín un medio para librarse de acceder á una demanda tan sencilla y natural...

—¡Vaya un chasco! exclamó el albañil riéndose á más y mejor á la vista del título de la obra.

—¡Silencio por Dios! ¡Silencio! decía el paraliítico muy apurado; si le oyese á usted perdería ese buen hombre la ilusión de que me había regalado una cosa de gusto, y en verdad, añadió muy formal, si bien se mira... este título es muy útil. ¡Vaya si lo es!

—Pero si es una guía de forasteros del año de la nanita más antigua que el rey que rabió: decía el otro desternillándose de risa...

¿Y eso qué! repuso el santo varón. Las cosas no por ser antiguas dejan de ser útiles... Lo que si es verdad es que por ahora yo no pensaba en hacerme con semejante libro... Pero ¿quién sabe? Acaso mañana ú otro día me hará falta, y ya veis, ha tenido la bondad de anticiparse á mis deseos... Por el pronto, añadió despues de hojear dos ó tres páginas, me ha dado á conocer los nombres de una porción de sugetos que deberán ser personas muy apreciables...

—¡Ya lo creo! ¡Como que todos ellos son *excelentísimos señores!* repuso el obrero con malicioso retintín.

Apenas el dador del libro entraba de visita, nuestro paraliítico tenía muy buen cuidado de fijar la vista en sus páginas como si le agradara en extremo su lectura.

—¿Que tal? decía el albañil guiñando el ojo á su compañero, se conoce que le agrada mi regalo... ¡Cuánto me alegro!

La enfermedad del buen hombre iba en aumento y sus fuerzas disminuían; ya no podía hojear el libro; solo rezaba mentalmente, pero si alguno le miraba con interés, sus ojos se animaban y sus labios sonreían con tal expresión de gratitud que daban ganas de llorar.

Al recibir el Santo Viático su fervor era tal que á todos edificaba. El rostro del enfermo tenía un no sé qué de seráfico.— «Si ese hombre se hallara vestido y calzado, decían los demás, así entraría derechito al cielo! ¡Quién fuera como él!»

En la hora de la muerte sólo una cosa es envidiable: la virtud; sólo las buenas obras sobreviven á la pérdida de los demás bienes de la tierra...

Una mañana el enfermero notó que Juan tenía los ojos vidriados; preguntóle si quería tomar un caldo... El moribundo hizo un gesto de gratitud; en aquel momento asomaba el sol por el Oriente; uno de sus rayos entró por la ventana y fué á parar sobre la frente del justo; éste sonrió, parecía dar gracias á Dios por aquel postrer beneficio. En breve reclinó la cabeza sobre la almohada y exhaló un ténue suspiro. Aquel manso y humilde corazón había cesado de latir; su espíritu se había remontado al cielo.

Micaela de Silva.

LA EMBRIAGUEZ.

—):—

Trabajadores de la ciudad y el campo que, con el sudor de la frente, ganáis el sustento de cada día... ¡huid, huid de la taberna como de un lugar apestado, como se huye del mayor enemigo! temed la embriaguez como la calamidad más grande que os pudiera sobrevenir!

La paz del espíritu, el vigor de la inteligencia, la fuerza del brazo, la salud del cuerpo; la prolongación de la vida, la paz del hogar, el porvenir de los hijos; todo, todo se compromete en los lugares en que se rinde culto al vino. Del fondo de los vasos, donde los bebedores esperan encontrar la felicidad, solo se saca el llanto, la miseria y la degradación.

«El que se embriaga no sabe beber.» ha dicho un sabio y ha dicho una verdad. Yo añado: «El que no sabe beber, necesariamente ha de convertir la bebida en perjuicio propio.»

Y así es: si bebeis con exceso, si os emborrachais, en vez de hacer del vino un medio de reparar los esfuerzos y sazonar la mesa, hareis un terrible instrumento de muerte y una causa perenne de sinsabores domésticos.

Pensad, sino, un momento en la vida tristísima del borracho; ¡qué vida, Dios mio!

Es trabajador... Jamás sus jornales le bastan á cubrir sus atenciones; no tiene más que para vino.

¿Es casado? ¿es padre de familia?... Desdichada esposa, infortunados hijos! Tal vez llorarán de hambre y de frío, mientras él, perdido todo sentimiento, no se acuerda de ellos. Y luego ¡qué zozobra, qué angustia en la casa del bebedor! En vez de esperar á su jefe con el amoroso anhelo de la mujer que ama y es amada; con el tierno afán filial, hijos y esposa tiemblan como azogados, pensando en la hora en que el beodo llegará á su casa y diciendo blasfemias, riñendo como energúmeno y maltratando como negrero sin antrañas.

Sin inteligencia, porque está oscurecida por los vapores del vino; sin corazón porque está muerto á todo sentimiento, el ho-

rracho ni ama, ni discurre, ni juzga, ni sabe pensar en el mañana. ¿Qué queda, pues, en él de los atributos del hombre? ¿qué porvenir le aguarda? ¿Y los hijos? ¿Y la esposa? ¡Pobre familia la familia desdichadísima del borracho! ¡Pobre borracho!

Trabajadores de la ciudad y el campo que, con el sudor de la frente, ganais el sustento de cada día... huid, huid de la taberna como de un lugar apestado, como se huye al mayor enemigo. Temed la embriaguez como la calamidad más grande que os pudiera sobrevenir, porque nada más funesto á la inteligencia y la moral; nada más funesto á la salud y á la vida; nada más contrario á la paz de la familia; ningún despilfarro mayor para la fortuna.

Tenedlo por seguro; el camino de la taberna es el camino de la perdición.

L. Sanchez de Castro.

VARIEDADES.

LOS CRIADOS INVISIBLES.

Fábula.

Un Joven bien criado,
Viajero por destino,
Se hospedó en una casa
De unos buenos amigos.

Y, á fuer de generosos,
Como gentes de viso,
Con ansia todos quieren
Servir al bienvenido.

Mas él á todos pára,
Rehusando los servicios;
Pues "Traigo (dice) siempre
Dos criados conmigo,"

—"En dónde están? (preguntan).
—"El verlos no es preciso,
(Respóndeles); mas quiero
Pintarlos muy al vivo:

Son mozos de mi talla,
Por más señas, mellizos:
Mis propios años cuentan,
Y así... mi genio mismo.

Gastan poco, y en breve
Lo encuentro todo listo;
Y cuanto los dos hacen
Me parece exquisito.

Prudentes cual ningunos.
Callados cual novicios.
Y siempre á mi presencia.
Jamás me dan fastidio.

Ni riñen, ni murmuran
Cual otros de su oficio,

Ni me piden salario,
Ni yo les doy un pito.

Y con todo, son fieles,
Incansables, solícitos;
Tan sólo cuando duermo
Ellos quedan tranquilos.

Así vivo dichoso.
Más fortuna no envidio,
Ni cambio la que tengo
Por el imperio chino."—

La familia, admirada
Con el caso inaudito,
Deshácese en preguntas
Así por el estilo:

—"¿Quién vió tales domésticos?
¿Quién tal regalo os hizo?
Decid, ¿cómo se llaman?"—
—"Todo voy á decirlo:

Me los dió Evangelio
(Que tiene gran surtido).
Y, al declarar sus nombres,
Descubro ya el prodigio.

Se llaman... (entenderlo
Más que todo es preciso)
**Contentate-con-poco
Y sírvete-á-ti-mismo.**

¡Oh! ¡Bienaventurados
Son los pobres de espíritu!

(Fábulas ascéticas.)

PENSAMIENTOS.

Aquel que odia al rico ó le envidia, es porque tiene la pobreza metida en el corazón. El que es rico de corazón, jamás envidia al rico de dinero, pues la riqueza del alma es siempre superior á la del cuerpo y el que tiene más, no envidia al que tiene menos.

La vida del hombre sobre la tierra es un enigma, un misterio, un problema cuya única solución está en la Cruz de Cristo. Suprimase este rayo de luz que aclara la razón de nuestros sufrimientos y alimenta la llama de nuestras esperanzas y no nos quedará á los hombres más que dos caminos, La locura ó el suicidio.

CIENCIA SIN DIOS.

Ciencia sin Dios... ¿qué me das?
¡Ansiedad!... ¡duda!... ¡dolor!
¡un fuego devorador
que no se extingue jamás!
Pues nunca feliz me harás...
no está la verdad en ti.
¡Falsa ciencia!... huye de mí...
Tomar quiero á mi fé pura,
donde hallaré la ventura
que por tu causa perdí.

Miguel Amat y Maestre.

MAXIMAS.

El obrar mal aun ganando trae remordimientos. El obrar bien aun perdiendo causa satisfacción.

Quien todo lo posee nada desea y el que nada desea vive hastiado. Por eso muchas veces se aburren los ricos con lo mismo que los pobres gozan.

No hay mejor salsa que el hambre y como esta nunca falta á los pobres, estos siempre comen con gusto.

La felicidad no consiste en las riquezas, ni en los honores, ni en la salud si no en el estar contento con la propia suerte.

(El Obrero Católico.)

LA LECTURA POPULAR.

PUBLICACIÓN CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

CON CENSURA ECLESIASTICA.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones y cuartos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes. que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó bien deja su distribución al arbitrio de esta Administración para que la haga en las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, establecimientos penales etc. Es pues una verdadera obra de caridad al alcance de todo católico celoso, que tenga interés en contribuir por su parte á contrarrestar la perniciosa influencia que hoy está ejerciendo el periodismo impio y escandaloso entre las clases más pobres, y por tanto más necesitadas de la luz y de la verdad.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA.

	Península.	América.
Una acción.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2 " "	2 50
Un cuarto id.	1 " "	1 25

Por medio de correspondencia 25 cént. de peseta mas por acción.
Suscripción á un solo número 6 reales al año.

Correspondientes: en Madrid. Administración de la Semana Católica. Villanueva, 5. bajo. En el resto de la Península, todas las librerías católicas.

En Cuba. M. Fuentes y Comp. Librería "La Historia" Remedios. La correspondencia á la Dirección de este periódico calle de Belot. núm. 3.